

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 172.

Alicante 14 de Marzo de 1874.

Año V.

En el próximo día de San José y en el Colegio de esta capital que lleva su nombre, se preparan fiestas y regocijos para solemnizar la inauguración del oratorio de dicho establecimiento. La víspera á las siete de la tarde se ostentará iluminada la fachada del edificio y dejará oír sus acordes la música de la beneficencia, mientras los alumnos elevan globos aereostáticos y disparan fuegos artificiales. El día siguiente á las once de la mañana se celebrará la misa en la capilla, á la que seguirá un discurso inaugural, que ha de pronunciar, segun tenemos entendido, el Sr. D. Francisco Penalva, profesor de Psicología y Lógica del Instituto de segunda enseñanza y Abad de nuestra Colegial. En la noche del mismo día se repetirán los fuegos é iluminación del día anterior.

Un establecimiento que goza de tan justa fama y reputación, no podrá menos de verse concurrido en esta ocasión por los amantes de la educación y de las letras.

CARTA PASTORAL

que el Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. Don Pedro María Cubero Lopez de Padilla, Obispo de Orihuela, dirige á sus muy amados Diocesanos con motivo de la Santa Cuaresma.

A nuestros amados Diocesanos, salud, paz y bendición en N. S. J.

Perdona, Señor, perdona á tu pueblo, al pueblo que elegiste entre todos los pueblos de la tierra, clamaba el Profeta Joel movido por el espíritu del Señor, que en medio de los rigores de su irritada justicia jamás abandona al hombre trabajado por sus desdichas y desventuras. Perdona, Señor, perdona á tu pueblo, repetía con profundo llanto el citado Profeta, porque á vista de las abominaciones de Israel, de sus prevaricaciones tan frecuentes, de sus delirios paganos y sus nefandos crímenes; y en presencia de los torcidos caminos que obstinadamente seguían á la sombra maléfica de sus groseros errores, sentía conmovérsele sus entrañas de amor hácia sus extraviados hermanos, estremeciéndole la aterradora idea de los terribles castigos con que su Dios ofendido le amenazaba; y para apartarlo del camino de su perdición,

atraerlo y convertirlo, le ponía ante sus ojos la próxima ruina de la ciudad santa, gloriosa herencia de la piedad de sus mayores, la destrucción de su magnífico templo, admiración y pasmo de propios y extraños, con todos los desastres y aterradoros estragos que los caldeos sus implacables enemigos habían de causarles, cual secretos y misteriosos instrumentos de la justicia de Dios. Y esta voz clamorosa, y este gemido del inspirado Profeta no era otra cosa que la voz cariñosa de un padre lleno de amor, que prodiga los consuelos de su salvador aviso antes que emplear los rigores de sus castigos y escarmientos para con su pueblo tan favorecido y el mayor entre todos los ingratos.

Y esto mismo que hace dos mil quinientos años que el enviado de Dios predicaba al pueblo de Israel; estas sus sentidas frases, que son á la vez un saludable aviso y provechoso recuerdo, las ponemos hoy á la consideración de nuestros amados Diocesanos, inspirándonos en el sentimiento de la santa Iglesia que, en su vivísimo y perseverante deseo por la salud del pueblo cristiano, las ofrece á su contemplación y estudio en este tiempo aceptable de cuaresma. Perdona, Señor, perdona á tu pueblo cristiano, repite también la santa Iglesia.

Tétrico y desconsolador era sin duda el repugnante cuadro que ofrecía el pueblo de Israel á los ojos del angustiado Profeta; todas las iniquidades de que se hace capaz un pueblo que desconoce los beneficios, todos los extravíos que dolorosamente causa el abandono de los deberes más sagrados, todas las profanaciones que tristemente acarrea el olvido

lamentable de la ley y todas las vituperables aberraciones que manchaban la historia de su pueblo envilecido, eran sin duda las dolorosas imágenes que atormentaban al Profeta y el conjunto pavoroso que le movía á despertar á sus hermanos del sueño profundo de su enorme pecado, sostenido por la dureza del que no quiere que le despierten.

Y qué, ¿no puede decirse lo mismo hoy del pueblo cristiano? ¿Son acaso mejores las condiciones de este pueblo llamado á la realidad por la gracia, que el pueblo aquel que vivió entre sombras y promesas? Si el Profeta que entonces clamaba y todos los Profetas enviados á la tierra, vinieran movidos por el espíritu de Dios y examinaran al pueblo cristiano, ¿no tendrían que esforzar sus clamores con la santa Iglesia pidiendo de la misericordia de su Dios lo que pidieron para Israel?

Bien quisiéramos equivocarnos, pero desgraciadamente una triste experiencia nos demuestra lo contrario. Dolorosamente podemos decir á la clara luz de los hechos más concluyentes, que el pueblo cristiano adolece actualmente, como el de Israel, de los mismos vicios, de iguales liviandades, de los mismos crímenes y obcecados errores que lo conducen con paso lamentable pero cierto, á su desolación y ruina. Dolorosamente el pueblo cristiano está hoy muy lejos de corresponder al favor inmenso de su dichoso llamamiento, y por eso la santa Iglesia también clama como el Profeta: *perdona, Señor, perdona á tu pueblo.*

No se necesitan serias reflexiones para convencernos de esta triste verdad; ni emplearemos tampoco largos raciocinios

para cerciorarnos de su dolorosa existencia. Valiera mas que así no fuese, y que nuestras palabras estuviesen exentas de igual dolor al que estremecía al acongojado Profeta; pero por mucho que pudiera decirse del pueblo de Israel con quien le comparamos, por mucho que fuese el dolor del inspirado santo llorando sobre las ruinas de su pueblo infortunado, quizás el pueblo cristiano, ó que lleva tan glorioso nombre, ofrece los mismos ó mayores y mas dolorosos comprobantes. Quizás, aunque nos cueste confusion y vergüenza confesarlo, puede llevar la misma ó mayor parte si le examinamos con el debido detenimiento. A este examen os exhortamos, queridos nuestros, en este tiempo de serias meditaciones, y el Señor conceda que á todos produzca saludable efecto.

¿Y qué nos dice hoy el pueblo cristiano? ¿Qué lección nos dan los pueblos todos que viven en confusion, cuyo espantoso desconcierto nos revelan unánimemente las tristes señales de un estado turbulento, agitado y desastroso? Qué dicen á nuestro frio exámen sus públicas iniquidades, sus blasfemias descaradas, sus desacatos atrevidos, su filosofia sin Dios, sus escuelas encontradas, sus ideas absurdas, su enseñanza perniciosa, su magisterio profano, sus principios disolventes, sus predicaciones subversivas, sus prácticas estériles, sus aparentes verdades sin convicciones y sin fé, viviendo brutalmente una vida puramente de instinto, sin otro pensamiento que el cálculo y sin mas aspiracion que los goces materiales? Dónde están, si apenas se encuentran, los elocuentes testimonios que hablan á todas las edades, los mo-

numentos que reflejan la fé en todos los siglos, la piedad y devocion comunes á todos los hombres, las prácticas y tradiciones de edificacion y enseñanza á generaciones enteras? Dónde estan, sino, los hechos gloriosos que ennoblecen la historia, el respeto y consideraciones á venerandos institutos, la estabilidad y duracion de los adelantos útiles, el sentimiento de justicia, de religion, de moralidad sin mancha y otras innumerables circunstancias que merecen la dicha y revelan las virtudes de los pueblos? ¡Ah! Un sentimiento de profunda pena se apodera del corazon cuando friamente contemplamos el lastimoso cuadro de las verdades amargas que acabamos de enumerar, y un penetrante gemido nos hace repetir: *perdona, Señor, perdona á tu pueblo.*

Verdad es, queridos nuestros, que la historia de todos los pueblos no es otra cosa por lo comun que la narracion de sus males, de sus contradicciones y absurdos, de sus desdichas y calamidades. Verdad es que la vida del hombre no es mas que un cúmulo de pequeñeces y miserias, un periodo mas ó menos corto de dolores y de llanto; pero al menos, aun en medio de las situaciones mas difíciles, en los dias de mayor agitacion y en las épocas de mayores delirios se han visto descollar privilegiadas individualidades, que desde el apartado retiro del desierto, ó en medio del bullicio de las sociedades y á veces entre el ruido y estruendo de las armas, han servido de guia bastante, de áncora de salvacion á pueblos precipitados por el empuje violento de pasiones desenfrenadas. La penetrante voz de un Profeta, la predicacion de un pobre her-

mitaño, la sangre de inocentes mártires, la confesion de imperturbables varones y el valor de débiles vírgenes han sido infinitas veces bastante y poderoso correctivo para atajar los males de los pueblos, que conocen sus flaquezas, se apartan de sus errores, y confiesan sus propias faltas haciéndose acreedores de perdon y de clemencia.

Pero ¿estamos hoy en este caso? Encontraremos por fortuna esas dichas señales de verdadero consuelo? En vano las buscaríamos, y podemos asegurar que perderíamos el tiempo y hasta la esperanza de encontrarlas. ¿Y será acaso este nuestro juicio efecto de una fascinacion penosa de desconsuelo? Tampoco, queridos nuestros; una dolorosa realidad nos disiparia el engaño haciéndonos comprender que pesa sobre nosotros una calamidad aterradora, y que los pueblos gimen oprimidos por un cúmulo de desgracias. La mano del Señor parece nos ha tocado, y que una tristísima verdad nos revela tristísimas realidades. Y por lo mismo podemos afirmar, aun á despecho de nuestro dolor inmenso, que el pueblo cristiano, como lo fué el de Israel, es impotente para alcanzar su remedio, y ni su inteligencia ni sus fuerzas son bastantes para atajar los males de que por todas partes se ve sitiado, á causa, sin duda, de un gran castigo merecido tambien por sus grandes faltas.

Y por qué todo esto? Porque no cabe dicha en la tierra sino por Dios y en Dios, y los pueblos que no fljen su inteligencia y su corazon en este principio inmutable, y en sus eternas verdades, jamás podrán alcanzarla; andarán fluctuando entre el alborotado oleaje de las pasiones revuel-

tas, momentáneamente contentos con los placeres, cuya fugacidad viene muy luego á revelarles su loca y ligera confianza. Porque solo en Dios y en el órden admirable de su sabia providencia; solo en Dios y en el humilde reconocimiento de su irresistible poder; solo en Dios y en el estudio y observancia de su ley santa pueden encontrar los pueblos el anhelado remedio de sus insoportables males y el tesoro inagotable de las dichas que ambicionan.

Y aquí tenemos la dificultad de mayor peso. ¿Se dirige y acude el pueblo cristiano á su Dios bajo estos sublimes conceptos? Vosotros mismos os responderéis, vosotros mismos, sublevándose vuestras propias conciencias, hallareis atónitos los multiplicados é irrecusables comprobantes de todo lo contrario. Pocas veces, á pesar de la malicia de todos los tiempos, se habrá visto mas olvidado el nombre de Dios, pocas veces se habrá visto la impiedad mas generalizada, pocas veces se habrá visto la santa ley mas escardecida y menos observada, pocas veces la infundada soberbia del hombre se habrá visto mas engreida, dominante y altanera, y pocas veces el pueblo cristiano, siguiendo la funesta comparacion del de Israel, se habrá visto mas en contradiccion del inmutable principio, que es su Dios, y de sus eternas verdades. ¿No le veis de qué manera hace alarde de sus impiedades y blasfemias, cómo insulta á Dios, profana su santo nombre, desprecia su ley de vida, niega sus infables misterios, se burla y ridiculiza su culto y ceremonias, y, desconociendo el órden inseparable de su infinita sabiduría, pretende oponer al plan y concierto

de los cielos los sistemas y despreciables opiniones de la tierra? ¿No le veis siempre soberbio y atrevido, siempre agresivo y altanero, llegarse á persuadir emancipado de Dios declarando insensata guerra á su poder irresistible como si pudiera ser dueño y señor de todo lo criado? ¿No le veis altivo y dominante inventar derechos para sancionar todas las violencias, soñar una imposible igualdad para crear un mundo de nuevos señores, condenar la propiedad para ocupar y hacer suyas todas las agenas, y pasar tranquilo una vida de ócio, admitiendo todos los absurdos, todos los errores, todas las extravagancias y delirios que ha podido inventar el extravío de la inteligencia humana? Y por último, para no cansar mas vuestra atencion, ¿no le veis vivir satisfecho de los estragos y el incendio, atizar y sostener las devastaciones y la guerra, compañeros inseparables de la malicia y del error, y sangriento resultado de la obra de sus enconos y luchas egoistas? ¿No le veis hasta vivir complacido entre las provocaciones y el ultraje, entre los ódios y venganzas, amargo fruto de su funesto egoismo? ¿No veis perdida la buena fé, bastardeado el trato de gentes, la ingratitude á los beneficios, el desprecio y olvido de las buenas obras, la ambicion y cálculo material sin reparar en su origen, el medro y la fortuna sin pararse en los medios de adquirirla?

Pues por desgracia todo esto vemos y tocamos hoy en el pueblo cristiano, y puede decirse que son los distintivos inequívocos de su situacion presente. Y no creais que los males que acabamos de examinar estén reducidos á determina-

dos hombres y lugares. No, es tan pasmosa su estension y generalidad, y de tal manera se ha corrompido la inteligencia y el corazon del mundo, que su maléfica influencia se deja sentir en todas partes y bajo todas las formas, dejando lamentables huellas lo mismo en la humilde cabaña del labriego que en las populosas ciudades de la opulencia y esplendor, lo mismo en el clamoreo alborotador de los unos como en el quietismo é intencionado silencio de los otros, todos en criminal conjunto y en punible sociedad de funestos resultados, todos vienen á confundirse, aunque aparentando distintas tendencias, en unos mismos medios y en una misma obra de desolacion y ruina.

Ni creais tampoco que tamaños males dejen de ser conocidos y apreciados; al contrario, están grabados en el sentimiento íntimo del mundo, y todos conocen y confiesan el malestar y cúmulo de desgracias que lastimosamente nos aquejan, todos sienten y confiesan la urgente necesidad del remedio, aunque nadie se mueve á proporcionarle. Y sabeis por qué? Porque la indiferencia y el egoismo han viciado el corazon del hombre, porque la frialdad y goces materiales han enervado el fuego vivo del sentimiento cristiano, porque la inteligencia humana se ha fascinado en una atmósfera de vanidades y orgullo, porque el hombre, en fin, no pone en Dios y por Dios el principio de su dicha permanente, y olvidándose cada dia mas de su santa ley desprecia y vilipendia sus eternas verdades. Así el pueblo cristiano camina en los dias presentes, como el de Israel caminó en los dias antiguos, de error en

error, de prevaricaciones en prevaricaciones, que lo conducirán á su interminable ruina si no escucha la voz del Profeta que la Iglesia santa hoy le recuerda; *perdona, Señor, perdona á tu pueblo.*

Y cómo escuchar esta voz de salvacion, este aviso de consuelo que hoy se le recuerda? Cómo ha de alcanzar el mundo el remedio que sus débiles á impotentes fuerzas le niegan? Ah, queridos nuestros! no puede desconocerse que el remedio es muy difícil, pero no imposible, que el mal es muy grande, pero no incurable. Si tal lo fuese, ni el inspirado Profeta hubiese excitado al pueblo de Israel, ni la Iglesia santa excitaria al pueblo cristiano que no habian de hallar gracia á los ojos del Señor. Pero por dicha nuestra y por la infinita misericordia de Dios el mundo ha tenido siempre, tiene y no le faltará un remedio eficazmente poderoso que arranque de raiz sus infinitos males por extraordinarios que sean, si sabe y quiere aprovecharlo.

La penitencia, la penitencia verdadera es el áncora de salvacion del mundo, el agua saludable y limpia que puede lavarle sus manchas y fealdades. La penitencia verdadera que el Profeta predicaba y que constantemente ha repetido la Santa Iglesia: la penitencia que busca á Dios, que llama á Dios y pone su confianza en Dios, que hace arrancar del corazon un sincero arrepentimiento, que hace reconocer y confesar nuestras propias faltas, que lleva consigo la humilde súplica de un santo deseo, el propósito de verdadera enmienda; la penitencia que mata los resabios de la soberbia, que hace despojarnos del asqueroso ropaje del hombre viejo hijo del pecado, y vestirnos las re-

fulgentes ropas del hombre nuevo hijo de la gracia. Y todo esto sin ficciones ni engaños, sino con espíritu contrito, humillado y reverente que busca en el rigor de sus mortificaciones, en el silicio y la ceniza el correctivo de sus pasiones. Todo esto sin afectaciones ni hipócritas austeridades, que no son dignas de un Dios de verdad que penetra y sondea los íntimos secretos de nuestros corazones. Por estos saludables medios el pueblo cristiano obtendrá seguro el perdón de su Dios, como el pueblo de Israel lo obtuvo tambien siempre que se movía á penitencia, oyendo la clamorosa voz del Profeta que la santa Iglesia hoy nos repite; *perdona, Señor, perdona á tu pueblo.*

Así sea, y así lo pedimos con todas las veras de nuestro corazon, y que el Señor derrame toda clase de gracias y dones sobre nuestro pueblo querido.

Séanos ahora permitido dirigir algunas breves y especiales palabras á nuestro virtuoso Clero, á nuestros celosos cooperadores en el santo ministerio. Dispensadores somos de los dones y gracias de un Dios de bondad, de paz y de misericordia; flacos y débiles somos por nuestro origen desgraciado, que necesitamos primero ofrecer á Dios sacrificios por nuestras faltas, y despues por las del pueblo que nos está confiado. Procuremos, pues, no faltar nunca á la santidad de nuestra mision, y no dejemos de ofrecer jamás á nuestro pueblo fiel ejemplos de virtud, de edificacion y consuelo. Y si en todo tiempo ha de ser el estudio de la ley santa la ocupacion útil del buen cristiano, redoblemos nuestra enseñanza en este tiempo de cuaresma, en que la verdadera penitencia ha de purificarles re-

novando sus contritos corazones. Enseñémosle á vivir en paz, la saludable paz de los buenos, en union de corazones y en frnto que Dios bendice de las buenas obras. Así lo esperamos de nuestros laboriosos Párrocos, Regentes, Vicarios y Clero todo, que nada omitirá en la enseñanza del Evangelio, prácticas devotas y cuanto conduzca al mayor provecho de nuestros queridos diocesanos. Al efecto renovamos las facultades que venimos concediéndoles, y en los mismos términos que en los años anteriores, haciendo estensivas á los predicadores cuaresmales las que tenemos señaladas á los Vicarios ó Coadjutores.

Y ya que tenemos esta grata ocasion de dirigiros nuestra cariñosa voz, y para no cansar vuestra atencion y la del pueblo fiel segunda vez, no podemos prescindir de hablar aquí sobre otro punto.

Es bien conocida de todos la triste situacion que atraviesa el clero español, y las necesidades que apremian al culto divino. Nadie ignora que aquella virtuosa y sufrida clase viene experimentando, desde una fecha ya demasiado larga, un atraso tan considerable en sus escasas dotaciones, que hace cuarenta y dos mensualidades ya vencidas, ó sean tres años y medio que no ha percibido ni un céntimo siquiera para su socorro. No parece sino que dicha clase es objeto constante de las contrariedades de los tiempos que corremos, y que olvidada como no lo están las demás clases, se la ha condenado á vivir entre los horrores de la penuria y del hambre, deconociéndose su derecho fundado en las leyes mas justas y respetables y negándose esta carga de justicia, que no debia ser posible desconocer ante la

severa demanda de las obligaciones mas sagradas. De igual manera vienen siendo las obligaciones del culto un objeto de olvido y abandono de tal modo lamentable, que además de los considerables é irregulares atrasos anteriores, van ya trascurridos diez meses sin que se haya percibido nada para las diarias atenciones de tan preferente y sagrado objeto. En una palabra, las obligaciones del culto y del clero vienen siendo completamente desatendidas.

Y ademas de serlo, es todavia mas dolorosa la seguridad de que continuarán siéndolo, porque las aseveraciones hechas en el parlamento, los proyectos de ley ya presentados, y otros que se preparan, y la eliminacion absoluta que desde el corriente año económico se ha consumado, no comprendiendo entre las cargas que reconoce el Estado las obligaciones de la Iglesia, son datos muy bastantes y concluyentes de que en adelante, y siguiendo el sistema hoy adoptado, no habrá que esperar á cambiar ni mejorar tan crítica situacion. Las obligaciones, pues, de la Iglesia no son por hoy de cuenta del Estado.

Sin decir mas sobre este punto, que es la realidad del hecho por que estamos pasando, facil es conocer y deducir, que la casa de Dios significada en un culto y sus ministros ha quedado indotada, y que ni hay un céntimo para cubrir sus sagradas obligaciones, ni esperanza por hoy para que pueda haberlo.

De aquí el estado precario é insoponible de tan santas atenciones, y la necesidad imprescindible que nuestro deber nos impone de darle conocimiento al pueblo fiel, al pueblo devoto y piadoso,

al pueblo realmente cristiano, que ni puede ni debe ser indiferente á esta penosa situacion que grava en gran parte la fé de sus corazones. Siempre estos han sostenido con el esplendor de su fuego religioso todas las atenciones del culto y sus ministros, y nuestros padres y mayores nos han legado testimonios elocuentes de esta edificante verdad, transmitida por mil generaciones y consignada en cien monumentos, que son la admiracion de los siglos reflejando sus creencias. No menos celoso y digno debe mostrarse el pueblo actual, el pueblo que ha visto de qué manera ha venido á ser trabajada la suerte de tan sagrados intereses, llegando á convertirse la sustancia suya en una compensacion insuficiente, que ni aun así llega á ser aplicada á su santo destino. Vosotros sabeis que la dotacion de la Iglesia y sus ministros no ha llegado á sus manos.

Es, pues, una obligacion del pueblo cristiano levantar esta santa carga, sin que se pueda llamar escusado de ella por la razon especiosa de que paga el impuesto ó contribucion estipulada para ello, porque, además de que ninguna deuda se paga mientras sus valores no se reciban por el acreedor, es necesario tener en cuenta que en los presupuestos generales del Estado no están comprendidas desde el presente año las obligaciones de la Iglesia, es decir, que la Nacion no paga las atenciones del culto y sus ministros.

Esta situacion no puede prolongarse mas tiempo. Cuatro años precisamente de continuadas privaciones son bastantes para clamar con justicia su pronto remedio. El que sirve al Altar debe comer

del Altar, y el operario es digno de su paga ó recompensa de su trabajo. El culto y el ministerio santo son inseparables de la fé de aquellos que forman un solo cuerpo y participan de todos sus misterios y ventajas; y si los ministros de la casa del Señor, dispensadores de sus dones y sus gracias, están constituidos para la custodia de esta y para enseñar y servir al pueblo cristiano, este pueblo debe y está llamado á sostener estas inescusables y santas obligaciones.

Así lo esperamos de su piedad y justificacion; y para que tenga efecto, con la bendicion del Señor que nunca deja sin recompensa toda clase de bienes, despues de sérias y detenidas meditaciones, y hasta consultado el parecer de personas religiosas y timoratas, venimos en disponer la formacion de juntas parroquiales, compuestas del Párroco Presidente, de los Coadjutores ó Vicarios de la Parroquia donde los haya, y de tres feligreses de las mismas que voluntariamente se presten ó que sean atentamente invitados por los Párrocos, con el fin de que, bien sea por suscripciones personales, ó por repartimientos proporcionados, peticiones, cepillos y limosna, se esfuercen en allegar recursos que sean bastantes para sufragar los gastos que dejamos indicados, dándonos cuenta por nuestra Secretaría de Cámara de quedar instaladas y de las personas que las componen, y cada tres meses razon de lo recaudado para disponer su equitativa distribucion.

Recibid, amados nuestros, la bendicion que de lo íntimo del corazon os damos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de

Orihuela, firmada de nuestra mano, sellada con el mayor de nuestra Dignidad, y refrendada por el infrascrito nuestro Secretario de Cámara á 18 de Febrero de 1874. — Pedro María, Obispo de Orihuela. — Por mad. de S. E. I. el Obispo mi Sr., Dr. Indalecio Ferrando, Canónigo Magistral, secretario.

AL AMOR MATERNAL.

ODA. (1)

Toma este niño y críamele
que yo te pagaré.

(Exodo II, 9.)

Todos los hombres grandes
y virtuosos han tenido ma-
dres virtuosas.

(Biografía de Silvio Péllico)

Triunfó el amor del Gólgota en la cumbre...
¡Y fué el progreso amor! divina lumbre
Bañó de entonces la razon humana,
Y brotaron hermosas por doquiera
Las puras linfas y fragantes flores
De la mansion primera!
Que desde entonces en vano
Trocar el Genio del error procura
El claro dia del progreso humano
En triste noche oscura.

¡Sí, el progreso es amor! ¿Quién á tí inspira
¡Ilustre Sociedad! y quién te alienta
En tu noble mision? ¿Por qué tu mano
Siembra do quiera el bien? ¿Por qué el camino
Muestras de la virtud al tierno infante,
Su origen revelándole y destino?
¿Por qué, siempre anhelante,
Con árduo empeño y con la fé constante

(1) Esta oda fué premiada por la Sociedad de Amigos del Pais de Valencia en el Certámen que celebró el dia 8 de Diciembre último.

Vas la instruccion fecunda difundiendo,
Y del Arte divino
Y de la ciencia el vuelo vas siguiendo?
¿Por qué, si en guerra ves consigo al hombre,
La pacífica oliva en alto agitas?
¿Porque es amor tu Ley, y amor tu nombre!

Mas el error y el ódio declararon
A esa divina Ley perpétua guerra,
Y á renovar su lucha hoy en la tierra
Con furoros de muerte se lanzaron.
Al tenebroso Averno antes bajaron,
Y á Satán nuevas armas le pidieron,
Con ellas se vistieron,
Y seguros del triunfo se juzgaron.
Y digiste, tal vez: «Hará que sea
»Vana su furia en la feral pelea,
»El Sabio, el Fuerte, el Inmortal, el Santo;
»Chispa suya en mi mente centellea;
»Luche el Sér que mas ame y sufra y crea,
»Y que el poeta le hable con su acento!»
Y por eso yo canto
Del amor maternal el sentimiento,
¿Del amor maternal el dulce encanto!

¿Mas dó hallará la inspiracion mi mente
Para cantarte? ¡amor de los amores!...
En tu memoria ¡oh Madre! únicamente.
¿Que nadie en vano invoca
El nombre de su Madre! ¿Quién no siente,
Tan solo al pronunciarle,
O de inmenso placer ó inmensa pena
El pecho palparle?
Mi herido corazon, al evocarle,
¿Aunque el recuerdo de dolor le llena!
Latir siento veloz... Sí, Madre mia,
Tú que estás en el cielo,
Tú que fuiste en el mundo mi alegría,
Mi luz y mi consuelo,
¿Y eres aun Norte que mis pasos guia...!
Tú sola en este dia,
Mi mente inspirarás! y si levanta
Mi Musa tanto el vuelo,
Al invocar ¡oh Madre! tu memoria,
Que el lauro alcanza, que por tí yo anhelo,
Tuyo el triunfo será, tuya la gloria!

¡Oh tierno amor! inmenso, inalterable,
El mas grande, el mas bello, el mas sublime

Sentimiento purísimo, inefable,
Bálsamo del que sufre y del que gime,
Suave llama del cielo desprendida,
Faro en el mar del mundo siempre instable,
Fuente en el seno del dolor nacida...!
Tú eres la flor modesta y escondida
En el recinto del hogar, que al mundo
Dá eterno gérmen de virtud y vida!
Es tu dulce mirada la primera
Luz, que guía y alegra nuestros ojos;
Tu voz suave el plácido sonido
Que viene á herir primero nuestro oído;
Tu mano cariñosa
La primera que enjuga nuestro llanto;
Tu sonrisa amorosa
Nuestro primer encanto!
¡Tal abre el cáliz de la tierna rosa
El celestial rocío en la mañana!
¡Tal la mece apacible el aura ufana!

—
Y el tierno sér ¡oh Madre! á quien adoras,
A quien aduermes en tu blando seno,
¡Para él del néctar de la vida lleno!
Con quien ríes y lloras,
Que embebecida miras,
Que besas veces mil, y otras abrazas,
Y otras mil contemplándole suspiras....
Sin comprenderlo siente
Nacer, entre tus brazos,
El amor que ha de unirlos dulcemente
Con eternos lazos!
Y al amarte... es feliz! y ama contigo
Cuanto amas tú! y su vuelo
Tras el tuyo levanta
A la region espléndida del cielo!
Tal, con amante anhelo,
Forma el ave su nido,
Junto á su prole canta
Y vuela...! ella le sigue...! y luego sube
Y allá la oculta entre la blanca nube!

—
Ved la madre y el hijo en la escondida
Estancia solitaria,
Con alma recogida
Al Hacedor alzando su plegaria!
No hallareis en la vida
Nada tan bello! ni que diga al hombre
Mejor su origen y su fin!... Sus manos
Juntas están! y juntos

Laten sus corazones! Sus miradas
Juntas al cielo van!... y con los labios
Del hijo ora la madre!
Con sus alas les cubre la pureza,
La esperanza y la fé les iluminan,
Y sus almas, del barro despojadas,
Por los jardines del Eden caminan!

—
¡Oh Madre! ¡Cuán gloriosa,
Cuán grande es tu mision! De Dios hablarle
Al Hombre! Revelarle
Su origen, su caída,
Su Redención!... del hijo del Eterno
Con sangre conseguida!
Con tu ejemplo inspirarle
La humildad, el valor, el heroísmo!
Y como signo de victoria darle
El triunfo de sí mismo!
Hacer brillar en su razón naciente
La luz de la verdad divina y pura,
Sin la que el alma mora eternamente
Entre la niebla del error oscura!
Y en su pecho encender la dulce llama
De santa caridad, ¡fuego divino!...
Es al hombre decir: «Espera y ama!...»
Es abrirle el camino
De su Patria inmortal! y es en la tierra
Clamar á los humanos:
«¡Cese la impía guerra!
» ¡Estrechad vuestras manos!
» Que el mundo solo encierra
» Un pueblo nada mas! ¡Pueblo de hermanos!»

—
¿Y quién cantar podrá el afán inmenso
Y el dolor de una Madre, si del hijo
Peligra la existencia?
¿Quién su ingenio y valor? ¡Oíd!... Fulminan
Allá en Egipto la cruel sentencia!
«Pues de Israel los hijos han crecido
» Como yerba del prado,
» Y cuanto mas la ley les ha oprimido
» Mas se han multiplicado,
» Sea todo varón desde hoy nacido
» En el Nilo arrojado.»
¡Tal el Déspota dijo!... ¿Qué hareis, madres?
¿Qué harás, ¡Jocabed bella!
De ese hijo tan hermoso,
¡De tu pueblo infeliz, fúlgida estrella!?
Tú velas!... tú meditas!... ¡Sin reposo

Afanosa le ocultas!... ¡Mas... en vano!...
Que sigue cauteloso,
Tus pasos el Tirano!
¿Qué hacer ya?... ¡sucumbir! pero ¿qué miro?
Del Nilo caudaloso
Atenta sigues el revuelto giro!
¿Qué intentas? ¿qué haces? ¡ay! al tierno infante
Junto á la orilla dejas
En ingeniosa cuna abandonado...
Y al cielo alzas los ojos... y te alejas!
¡No!... Vuelve madre! vuelve! ¡Toma tu hijo!
Que le miró tu Dios y se ha salvado!
¡Moisés le llamarás! ¡Tu fé ha triunfado!

Tanto una madre alcanza
Si la fé le ilumina! ¡Nunca muere
En ella la esperanza!
Tras de esta vida mísera con templa
Otra eterna y mejor!... y ese el secreto
Es de su fuerza y su valor! ¿Quién sabe
De una madre creyente
Do llega el heroismo!? No tan solo
Impávida y valiente,
Por su hijo á recibir la muerte avanza,
¡Que eso lo hace en su cueva la Leona!
¡Por su Dios lleva el hijo al sacrificio
Y al verdugo perdona!

Ved cual brilla siniestro allá en Judea
De Antiocho el acero!
Sangre y luto do quier llevar desea
El bárbaro guerrero!
De Salém en el Templo sacrosanto
Soberbio imprime la profana planta,
Y en el altar, del Pueblo entre el espanto,
A Júpiter Olímpico levanta!
Y así exclama el impío:
«Oye, Judá, tu suerte,
»Si abandonas tu Ley... tendrás riquezas,
»Placeres y poder!... sinó... la muerte!
Y su rostro ocultando entre ambas manos,
Gimieron las doncellas, los ancianos!
Los jóvenes quedaron sin aliento!
Y cual canto de triunfo á los tiranos,
Del pueblo de Jacob llegó el lamento!
¡Gran pueblo! ¿morirás?... ¡No! Que á salvarte
Vuelan, y gloria inmarcesible á darte,
De una Madre la fé y el sentimiento!
¡Madre inmortal! ¡Valiente Machabea!

Cuando mi mente penetrar desea
Esas páginas santas,
Inspiradas por Dios!... aun centellea
Tu mirada ante mí!... aun te levantas
Al verdugo, que tiembla, contemplando
Serena! y á tus hijos
De Pátria y Dios y de su ley hablando!!
Hijos dignos de tí, que van tranquilos
A recibir la muerte,
Al Criador del mundo un himno alzando,
Que en éxtasis escuchas, ¡mujer fuerte!
Y tu también á conquistar la palma
Del mártir vas impávida tras ellos!...
Y de tu inmensa gloria los destellos
De dicha llenan y de fé mi alma!!

.....
.....
¡Madres cristianas! el amor divino
Esa senda os trazó! De las virtudes
Enseñar á los hijos el camino
Con la voz y el ejemplo,
Levantando en sus tiernos corazones
A Dios y Pátria un Templo!

Miguel Amat y Maestre.

De un opúsculo inédito, por D. Juan Vila y Blanco, historiando brevemente el origen y objeto de la Asociación de Nuestra Sra. del Remedio, dedicado á una Señora, tomamos el siguiente fragmento:

EL MANÁ DE LA INFANCIA.

Tal vez, Señora, os fatiga
Lo prosáico de estas páginas;
Os lo dije; son mis versos
Por mi mal música ingrata.

Pronto iré al fin: mas es fuerza
Mencionar otra bizarra
Decision que decretaron
Las nobles piadosas Damas.

Madres hay que por desdicha
De los tiempos, y por causas
A su voluntad ajenas,
Al hijo suyo no lactan:

CULTOS RELIGIOSOS.

Por enfermas ó indigentes
De tal ventura privadas,
El corazon se les rompe,
Rasgánseles las entrañas.

El néctar para sus hijos
De limosna tal vez hallan:
Mas, acaso, no oportuna
Es la merced y aun escasa.

Tal vez una la recibe
En diversas fuentes várias;
Y quizás es daño al hijo
Beber variedad de sávias.

Y vé la pobre extinguirse
La luz que le alegró el alma.
Cuánto esto aflige á una madre
Bien otra madre lo alcanza.

Lastímanos en el campo,
Sin brillo, amarilla, lácia,
La mies gentil, porque riego
A su tierna espiga falta.

Nos entristecen las flores
Hácia la tierra inclinadas,
Porque no beben sus tallos
Ni una sola gota de agua.

Pená dá ver deslustrarse
Pintado fruto en su rama,
Porque del árbol el tronco
Su sed con linfas no sácia.

Pues bien; el néctar que es vida
Para la débil infancia,
Con largueza prodigado
Ven por sus dulces instancias,

Esas de obra tan pia
Diligentes operarias,
Que así en llanto de dulzura
Cambiar saben tristes lágrimas.

Sin número son las madres
Que las bendicen, y santas
Las maternas bendiciones
Brotan del fondo del alma.

Dios, al que así es bendecido,
Piadoso y justo le guarda
Corona de eternas flores
Allá en sus esferas altas;

En los amenos jardines
De salutíferas aurás,
Y de puros manantiales
Entre luces y fragancias.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y media, misa conventual con sermón que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral. Por la tarde á las cuatro menos cuarto, despues del santo rosario será la plática doctrinal y sermón que dirá el licenciado D. Francisco Penalva, abad de la misma. En Santa María misa con sermón que predicará don José Carratalá, teniente cura de la Colegial. En la Virgen de Gracia por la tarde á las cuatro se rezará el santo rosario y luego predicará D. Francisco J. Guimbeu, vicario de la propia Iglesia.

Mártres.—En las Agustinas dá principio un solemne triduo á Jesus Sacramentado y en honor del Patriarca San José. A las ocho, todos los dias, se pondrá de manifiesto á S. D. M. y seguirá la misa mayor. Por la tarde á las cuatro menos cuarto será el sermón que predicará D. José Baeza, beneficiado de la Colegial, novena, reserva y gozos. El dia siguiente predicará el ya referido Dr. D. Casiano Quilez.

Jueves.—En la Colegial á las nueve y media misa conventual con sermón que dirá D. Vicente Morell, teniente cura de la misma. En Santa María á las nueve misa mayor con sermón que predicará D. Rafael Amat, pbro. En las Agustinas á las siete y media misa de comunión: á las nueve misa mayor con sermón que dirá D. Antonio Miravete, canónigo, y por la tarde, última del triduo, D. José Juliá, capellan de las mismas, terminando con la bendición. En las Capuchinas por la tarde á las cuatro, predicará el referido D. Vicente Morell y se rezará el trisagio.

Sábado.—En la Colegial misa de renovación á las ocho. Por la tarde al toque de oraciones dará principio el septenario de dolores predicando el ya nombrado Sr. Abad. En las Capuchinas á las cuatro se hará el mismo ejercicio con corona, sermón, septenario y salve. En la Virgen de Gracia, al toque de oraciones principiará el mismo septenario con la corona, sermón que dirá don Andrés Oliver, teniente cura de la Colegial, septenario y *Stabat Mater*.